

Mierda táctica y mierda estratégica

Yo la amaba. Pero, qué posma, la chica tenía tanta mierda en la cabeza... Se la pasaba día y noche graznando en el programa de fútbol de ESPN que los del Chelsea cagaron blandito, antes y después del juego, que los del Madrid hicieron lo propio pero en mojones compactos, que los del Bayern lo mismo pero por la jeta, y que los del Barça otro tanto pero con la elegancia propia de la Masía. Y eso hacía y así seguía, dele que dele a la tarabilla, y yo le suplicaba que dejara un momento de cacarear y que me parara bolas, dos no más, las mías, que saltaban de júbilo y se metían en la portería de su escote cuando ella saludaba a los televidentes y al cabo del saludo, sin mediar consideraciones, se largaba a chacharear sin tasa y sin consideración sobre la vida, obra y milagros de las mismas cuatro cuadrillas... «Chelsea se cagó en el merengue, Bayern hizo lo propio pero en el Camp Nou y Barça le embutió al colchonero merengue y mojón compacto. Así fue, aquí están los detalles, los detritos. Mierda sobre mierda y mierda, mierda táctica y mierda estratégica, mierda en presentación 3-5-2 y mierda en presentación 4-5-1».

Yo le pedía, por piedad, que se callara y oyera lo que tenía que decirle, que poseo dos pelotas en pleno vigor para meterlas en el arco de su entrepierna, pero era inútil, la chica seguía desengranando sin pausa su soliloquio. A las deyecciones de la liga de campeones les seguían los vertimientos excrementales de la copa, la supercopa, la liga local y la copa de la liga. Y de liga en liga, de nuevo al Madrid y al Barça, al Bayern y al Chelsea. Día y noche. En medio de burbujas inmobiliarias rotas, viajes del Papa a la cochinchina y refugiados ahogándose en las costas europeas. Mierda sobre mierda y mierda. Mierda táctica y mierda

estratégica. Mierda de masía y mierda de merengue. Hasta que un día, hará cosa de tres meses, se me salió la mierda por boca y nariz y la paralicé y la callé y, quietecita y congelada en la pantalla de mi televisor, le repetí mi discurso de amor eterno.

Ella ahí, en la pantalla, con la mirada perdida en alguna cancha pintada a machamartillo en su mente cuadriculada y yo en frente de ella haciendo alarde de facundia cupidinesca... «A que te llegó al alma, chiquita, mi soneto de amor. A que ahora sí vas a ponerme cuidado», pero ¡qué va, falsas ilusiones! Tan pronto oprimí el botón del control remoto liberando de esa guisa a mi adorada, la muy infame volvió a sus andadas con más ahínco, con saña y jactancias de revanchismo.

Ni que decir tiene que me ofendí y me encoré. Tanto que, pese al dolor que ello me causaba, le rompí el hocico al alma de mi alma. Se lo rompí en mil pedazos con un bate de béisbol... «No me salgas con mohines y lágrimas de cocodrilo, mi amor. Tú te lo buscaste, chata. Si te hubieras quedado callada tal como te lo imploré...».

Luego de mi acto de represalia y de mi breve discurso de recriminación, justos por demás, que lo diga si no el ángel vengador que conoce al dedillo mi caso, se hizo un silencio sepulcral a mi alrededor tan lúgubre y ominoso que, quien entienda al hombre que lo compre, hubiera preferido mil veces escuchar todo ese batiburrillo exasperante acerca del dibujo táctico del Chelsea y el achique y agrande de la cancha del Bayern en la voz del compañero de trabajo de mi adorada, un cabrón petulante y empalagoso que, además de hablar de la bazofia chocante que ustedes ya conocen, se dedica a hacerme la guerra fuera de cámaras... «Si sigues alentando los requiebros de ese galán de pacotilla que te acecha, vas a terminar criando moscas en un barranco. Yo sé por qué te lo digo. Y que conste que te previne».

Para curarme la cancamurria que me concitó mi acto vindicativo y que amenazaba con convertirse en crisis existencial, el despecho no cura el mal de amor, sólo lo disfraza de rencor, corrí a la cocina, apandé un montón de terrones de azúcar y uno a uno los fui metiendo entre mi paladar y mi lengua para endulzarme la desazón y hacer menos penoso mi estado depresivo.

Esa era mi costumbre inveterada. Meterme a la boca un terrón de azúcar tras otro cuando mi abuela me pegaba porque yo le había roto el hocico en mil pedazos a su perro irritante, no por maldad, que ello conste en mi expediente, sino porque el muy tuno se la pasaba día y noche ladrando en el patio el mismo latiguillo, que mis hermanos cagaron blandito, que mis primos hicieron lo propio pero en mojones compactos, que mis tíos lo mismo pero que por el hocico, y que mis padres otro tanto pero que con la elegancia de las cocottes de Francia. Mierda sobre mierda y mierda. Mierda ancestral y mierda generacional. Mierda cuyo sinsabor sólo se quita devorando terrones de azúcar. Así es, vida mía, no hay ninguna otra forma conocida... «Te doy un terrón de azúcar si me prometes que no volverás a hablar de la cuadrillas del Chelsea y de sus secuaces».

Seguramente fue el hocico roto. Eso me insinuó la razón. Pero la sinrazón me insinuó que fue la promesa peregrina del terrón de azúcar y a esta última arpía le creí, así que me acerqué a ella, que en ese momento no era más que un fragmento de la pantalla rota por mi bate de béisbol, y le ofrecí uno de mis terrores el cual contempló y palpó, y al cabo metió a su boca con deleite.

Así de sopetón cualquier desprevenido pensaría que mi adorada y yo habíamos hecho las paces. Nada más lejano de la realidad. Si ella aspiraba al perdón total tendría que hacer algo más que comer azúcar y mirarme con ojos de niña buena. Tendría que ir a confesarse ante

el señor cura... «Perdóneme, padre, por graznar día y noche que los del Chelsea cagaron blandito antes y después del juego, que los del Madrid hicieron lo propio pero en mojonos compactos, que los del Bayern lo mismo pero por la jeta, y que los del Barça otro tanto pero con la elegancia propia de la Masía, por no prestarle la debida atención a mi novio, y por no condolerme de su amargura cuando su abuela lo baquetea sin justa causa».

Me dijo que sí aspiraba. Entonces, aproveché su estado de postración, envolví en un cobertor uno de sus pedazos, aquel que había probado el terrón de azúcar, y lo llevé al confesionario de la vecina iglesia de Santa Bárbara.

Allí, una vez surtido el ceremonial de rigor, orar en la capilla de la santa patrona, ofrendarle un par de veladoras, oír misa y comulgar, el padre Batato la escuchó en confesión... «Perdóneme, padre, por graznar día y noche que...». Pero, ¡ah, chirrión! El curita, en lugar de proceder de acuerdo con sus obligaciones ministeriales... «Pliégate, mujer, a los mandatos de tu dueño, reza nueve Avemarías, yo te perdono en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...», se largó a revolvernos el avispero con cuestionamientos y acotaciones que no venían al caso... «Ay, Checho. ¡Qué desangelado estás! Desde que murió tu madre... Es por demás. La ayuda que necesitas no la encontrarás en esta casa. Hazme caso, hijo. Ve a una clínica especializada, hazte ver de un doctor».

¡Checho ni qué niño muerto! Una chica, mi novia. Un fragmento de chica que necesita el perdón divino. ¡Este Batato anda mal de la cholla! Se nota a leguas que los vertimientos excrementales de la copa, la supercopa, la liga local y la copa de la liga le comieron también el tarro. ¡Qué lástima! Y yo que creí que era el hombre adecuado para todo tipo de dificultades.

Destrozados por el revés abandonamos la iglesia, yo con el corazón a punto de estallarme, mi chica sollozando por haber quedado en pecado mortal y pidiéndome que, por lo más sagrado, le comprara un nuevo televisor para mitigar su condena eterna.

Un nuevo televisor... ¡Qué ironía! Irónico o no, todo estaba fríamente calculado. Mi chica sabe al dedillo que el problema de las almas candorosas es que se dejan conmover por un par de lagrimones despachados en el momento indicado.

Mientras caminábamos por la calle sin rumbo fijo, yo hacía malabares conmigo mismo barruntando... “Tan pronto le compre el aparatejo, mi adorada volverá por sus fueros y ya no habrá poder humano que la haga volver al redil. Por otro lado, si me mantengo firme tendré que conformarme con poseer apenas un pedazo de ella, un pedazo inanimado filoso y frío que no domina el arte de sonreír ni aunque la atiborre con todos los terrones de azúcar de este mundo”.

En esas estaba, inmerso en mis propios pensamientos e inclinando lentamente la balanza por la segunda opción, cuando cinco agentes de la policía se me echaron encima y me apresaron. Durante nuestra ausencia, un cabrón más malo que el demonio se había colado de rondón en mi casa y se había dado mañas para meter en mi cama el cadáver hediondo de una muchacha que, según pude enterarme después, fue en vida presentadora de un programa deportivo que transmite la televisión local.

Ni que decir tiene que propios y extraños me creen culpable del crimen de marras. Incluso mi adorada, que sabe que yo no soy capaz ni de matar una mosca, le ha dado últimamente por ponerme en tela de juicio. La pobre está tan cambiada...

Desde que vivo en esta prisión o psiquiátrico o limbo o anillo del infierno, yo no sé ni me importa, se la pasa día y noche graznando, en el programa de Encuentros Con Dios, que

los de Gomorra cagaron blandito antes del ajusticiamiento, que los de Sodoma hicieron lo propio pero en mojones compactos, que los del antiguo Egipto lo mismo pero por la jeta, y los de Adma otro tanto pero con el alma... «Así fue, penitentes, aquí están los detalles, los detritos, los vertimientos excrementales del libro de tal y del libro de pascual, las deyecciones de la copa, la supercopa, la liga local y la copa de la liga. Y de liga en liga, de nuevo al sonsonete del castigo eterno. Mierda sobre mierda y mierda. Mierda de principio a fin. Mierda táctica y mierda estratégica. Mierda en presentación tipo retaliación parcial y mierda en presentación tipo Apocalipsis.

Sobre mí:

José Aristóbulo Ramírez Barrero, bogotano, economista de profesión, asesor económico de varias empresas en Colombia, la mayoría de ellas de carácter público, apasionado por la literatura y lector prolijo. Desde 2010, le dedico medio tiempo a la economía y otro medio tiempo a escribir. Mis cuentos, relatos, microrrelatos, novelas juveniles, relatos juveniles y cuentos infantiles han obtenido reconocimientos en doce países a saber: Nueva Zelanda, México, Cuba, España, Argentina, Ecuador, Brasil, Chile, Uruguay, Venezuela y Colombia, USA. Me han publicado una novela juvenil Ratonés y Ratín y un libro de relatos Jelou Gudbai y otros relatos.

Sobre mi obra:

Mi obra Mierda Táctica y Mierda Estratégica fue la ganadora del XXIV Certamen de Relato Corto Viaje Literario (Relato Psicópata-2015), organizado por Aloha Criticón (cine, música y literatura).